

Martín Servelli*

▷ ¿Literatura de frontera? Notas para una crítica

Resumen: La literatura de frontera, ese extenso corpus textual compuesto por diversos géneros narrativos, vinculado a la conquista del territorio y a la lucha contra el indio devino en Argentina un género en sí mismo. El presente trabajo se propone examinar la categoría y determinar las variables de su formación. Asimismo, intenta indagar la relación que estos textos establecen con la construcción de una identidad nacional.

Palabras clave: Literatura de frontera; Indios; Identidad nacional; Argentina; Siglos XIX-XX.

Abstract: Writing reflecting the Argentine experience of frontier, an extensive textual corpus of a variable narrative genres, linked to the appropriation of the territory and the fight against the indians, became a genre itself: "Frontier literature". The present work attempts to examine this category and determine the central variables that group the collection. Finally it intends to analyze the relationship between frontier literature and the national identity construction.

Keywords: Frontier Literature; *Indios*; National Identity; Argentina; 19th-20th Century.

Una categoría general, de bordes indefinidos, aglutina un conjunto de textos dispares de la literatura argentina del siglo XIX: la de *literatura de frontera*. Asumiendo la premisa foucaultiana de que "es preciso revisar esas síntesis fabricadas, esos agrupamientos que se admiten de ordinario antes de todo examen, esos vínculos cuya validez se reconoce al entrar en el juego" (Foucault 2004: 34-35) pretendimos interrogar la consistencia de tal colección, su cohesión interna y la posibilidad de constituir un género literario por encima de las analogías temáticas que emparentan las obras. Si partimos del corpus impreciso que historiadores y críticos literarios han prefijado para caracterizar el conjunto, fue con el objetivo de examinar el recorte, desanudarlo para volver a recomponerlo buscando las líneas de fuerza que definen su formación.

Debemos ante todo especificar lo que entendemos aquí por literatura de frontera y, para ello, precisar primero el concepto de "frontera": no se refiere, en el presente contexto, a los límites geopolíticos entre Estados nacionales, sino más bien a lo que ha dado en

* Martín Servelli es profesor de Literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires y doctorando de la misma universidad con un proyecto de investigación titulado: "Periodistas-viajeros: Testimonio y ficción en las reescrituras del espacio nacional". Ha publicado el libro *Viajeros al Plata. 1806-1862* (2006).

llamarse “frontera interior”, queriendo representar una zona variable generada a partir de la incorporación de espacios considerados “libres” o “vírgenes” a la comunidad organizada en los centros urbanos.¹

El proceso de integración de fronteras es constitutivo de la historia americana, desde que todo el continente representó, a partir de su descubrimiento, una primera frontera para la expansión europea, tal como señala la historiadora Hebe Clementi:

Allí donde la situación geográfica, los accidentes del suelo, la situación cultural, la falta de adelantos tecnológicos, o la existencia de indios rebeldes, impidiera la ocupación estable, allí habría una auténtica frontera límite a sobrepasar, que constituirá el acicate de empresas inmediatas al primer momento de colonización (Clementi 1987: I, 27).

Que un sentido de *frontera* sea equivalente a *espacio libre* es un claro indicio de las asunciones ideológicas que pueden sustentar tal uso del término. La frontera en América es entendida como tierra virgen, dispuesta para su incorporación a la cultura occidental, bajo la condición de suponerla tierra de nadie, lo que legitima su apropiación y excluye a su habitante. De ahí que el tema de la frontera sea también el tema de los indios, aunque figuren en muchos de los textos que abordaremos como un relato episódico y circunstancial, un obstáculo a vencer para la concreción de una empresa primordial, la apropiación del territorio.

Este perfil global de la historia americana que produce la frontera como clave interpretativa permite establecer como correlato literario un extenso corpus textual que conecta obras dispersas a lo largo de cuatro siglos, pertenecientes a diferentes contextos históricos. Es que la desproporción colosal entre hombres y espacio hizo de la conquista un hecho inconcluso, dada la extraordinaria extensión de áreas despobladas subsistentes, convirtiendo a las fronteras internas en un problema hereditario (el de los indios y la ocupación del espacio), a resolver por los gobiernos de las nuevas naciones surgidas del proceso independentista.

En el caso argentino, la ocupación de las fronteras interiores se halla estrechamente ligada al desarrollo de su historia como nación independiente y a los factores económicos que pugnan por desenvolverse. Así como la presión de los hacendados, exigiendo libertad de comercio y la ruptura del monopolio español, precipita la quiebra del rígido armazón colonial, el auge de la industria saladeril, que consolida la posición hegemónica de los ganaderos, fundamenta el interés en la política de avance de la frontera sobre los indios y el consecuente aprovechamiento de las tierras conquistadas al *desierto*.

Dos espacios intermedios concentrarán, a lo largo del siglo XIX, la tensión entre fuerzas prevalentes que define a las áreas de frontera: la Frontera Norte, o frontera del Chaco, relacionada con las provincias del litoral, Salta, Santiago del Estero, Santa Fe y Córdoba; y la Frontera Sur, cuyo avance depende de Buenos Aires, si bien se conecta con otras provincias del área. El problema de las tribus indígenas, tanto al norte como al sur, y sus

¹ “La distinción en inglés entre *frontier* y *border* alude a esa dualidad: una frontera en expansión (con su asimetría estructural entre una sociedad nacional y un Estado de un lado, y una sociedad aborígen del otro, constituida muchas veces como desierto) y una frontera política (con una simetría mínima formal entre estados y poblaciones)” (Grimson, 2000: 9).

grados diversos de transculturación e integración definirán las particularidades de las dinámicas de apropiación respectivas.²

Las diferentes textualidades que dan cuenta del proceso de integración de fronteras interiores y las problemáticas anexas fueron consolidando un corpus bibliográfico específico que terminó sombreando una zona particular, de límites ambiguos, en el mapa de la literatura argentina. El conjunto discursivo podría describirse como expresión de un vínculo inescindible: aquel que relaciona el territorio, la representación verbal del paisaje y la cultura vernácula con la identidad nacional en ciernes.

1. Políticas de la lengua

Desierto es el vocablo excluyente utilizado a lo largo del siglo XIX para referirse al territorio sometido a la influencia del indio, un espacio esquivo tanto a la observación directa como a la precisión cartográfica. El capitán inglés Francis Bond Head, que cruzó reiteradamente la zona central del país en sus expediciones a los yacimientos minerales de la región de los Andes, en 1825, dejó asentada en su diario de viaje una descripción magistral del paisaje contemplado siempre al galope:

Dejando Buenos Aires, la primera de estas regiones esta cubierta en 180 millas con trébol y cardos; la segunda región, de unas cuatrocientas millas, produce pajas y esportillo; y la tercera región que llega al pie de la cordillera, es monte de árboles bajos y arbustos. La segunda y tercera regiones tienen casi el mismo aspecto todo el año, pues árboles y arbustos son de hojas perennes, y la inmensa llanura de pasto sólo cambia de color verde a oscuro; pero la primera región varía, con las cuatro estaciones del año, de manera muy extraordinaria (Head 1986: 12).

El hecho de que estas variaciones y especificidades del paisaje (y lo mismo podría decirse de los heterogéneos núcleos poblacionales) queden encubiertas en la aplicación perversa del término “desierto”, debe entenderse de manera complementaria al uso de la palabra “frontera” para dar cuenta de esa zona ambigua donde se enfrentan los intereses de los centros urbanos y las comunidades indígenas. Porque la línea interpretativa que avala este uso es aquella que privilegia la segregación, el abroquelamiento, la muralla, la barrera o la zanja, para construir como contrapartida un imaginario exterior yermo.

Mientras la enorme masa documental y literaria que conforma el corpus de la literatura de frontera se empeña en delimitar estos dos espacios diferenciados y cargarlos de valoraciones contrapuestas, no cesa, a un tiempo, de dar cuenta en sus textos de una realidad contradictoria que surge de una lectura alternativa donde la permeabilidad, la porosidad, los flujos migratorios, la circulación de bienes y mensajes nos hablan de un complejo universo intercultural.

De ahí las diversas estrategias de control puestas en juego para circunscribir los mundos enfrentados al paradigma dicotómico con que se pretende encasillarlos. Un buen ejemplo de ello lo constituye el tratamiento de los aspectos lingüísticos, que abordare-

² El recorte del corpus practicado en el presente trabajo focaliza los textos vinculados a la expansión de la Frontera Sur o pampeana y se concentra en los conflictos que la tienen por contexto.

mos en dos de sus variantes: por un lado las políticas prescriptivas acerca del uso de la lengua pampa y, por otro, el tratamiento literario del registro indio.

Restricción, prohibición y abstracción: tres propuestas lingüísticas

“En una palabra, la suerte de los indígenas ha mejorado desde que han entrado a formar parte de la gran familia argentina” (Federico Barbará, *Manual de la lengua pampa*).

Una vez concluida la campaña al desierto, en 1879, el teniente coronel Federico Barbará publica un *Manual o vocabulario de la lengua pampa* que amplía y completa con valiosa información de carácter lingüístico un trabajo suyo anterior de 1856 dedicado a los usos y costumbres de los indios pampas. En la “Advertencia” introductoria, el ex comandante de la frontera sur define de manera pragmática el objeto de su libro: “ser útil a los indígenas y familias a cuyo cargo han sido puestos”, es decir, prestar una herramienta que sirva a la comprensión mutua, indispensable para integrar al numeroso contingente de mujeres y niños capturados durante la ofensiva contra el indio a la sociedad del hombre blanco, principalmente como servicio doméstico. El trabajo se abre con una reseña genealógica de las distintas tribus que habitaron el territorio argentino, apelando a la etimología de sus gentilicios para establecer orígenes y ramificaciones. Se vuelca luego de lleno a los aspectos formales de la lengua pampa (pronunciación, acentuación, conjugaciones, principios sintácticos), para acometer enseguida el núcleo del texto, constituido por un extenso vocabulario y un sugerente apartado de “ejercicios prácticos; frases y locuciones familiares”, sumado a un catecismo bilingüe destinado a impartir al “infel” la doctrina y práctica cristianas.

Los diálogos prototípicos presentados en los casos prácticos definen el probable contexto situacional en que pueden tener ocurrencia y nos permiten reponer el limitado horizonte de inserción social imaginado para los indios. Así se suceden los interrogatorios de *la señora* hacia su india a cargo abordando distintos tópicos: datos personales, diagnóstico de enfermedades, vocabulario de utensilios de cocina; entrevistas confesionales a cargo de un sacerdote; escenas en las que un viajero solicita a un indio agua para su caballo, o un militar consulta datos referidos a una invasión; instrucciones básicas para la compra de provisiones y alimentos; preguntas sobre el clima y el tiempo; una escena de regateo para la compra de un caballo. Los diálogos están redactados a dos columnas, a izquierda en español y a derecha en lengua pampa. Intercalados con principios del catecismo cristiano (las obras de misericordia, las obras espirituales, las ocho bienaventuranzas, los diez mandamientos) encontramos diálogos de marcado valor pragmático en los que un coronel del ejército alecciona a un cacique o capitanejo (a veces identificado con nombre propio, como es el caso de Pincén) sobre las conveniencias de someterse a la autoridad del gobierno. Estos diálogos, que adoptan también la forma de la catequesis, se proponen instruir por medio de preguntas y respuestas que se integran en escenas de ribetes teatrales:

XVII

9. ¿Entiende usted lo que le digo?
10. Entiendo, coronel.

11. Bueno; escuche bien lo que quiero decir.
12. Mi gobierno quiere que ustedes no roben y sean amigos leales; que no peleen con nosotros.
13. Mi gobierno quiere que ustedes no quemem nuestras casas, que no roben; por último, que vivan del trabajo como hacen los hombres buenos.
14. Escuche bien la palabra del gobierno, lo que el gobierno manda.

XVIII

4. ¿Oiga amigo, ¿me promete ser buen amigo de hoy en adelante?
5. Sí, coronel; lo prometo, palabra de indio.
6. De este modo el gobierno estará satisfecho de ustedes y yo también.
7. Deme un poquito de ginebra, coronel.
8. Tome, pero no se emborrache. Porque es cosa muy fea ver a un hombre en ese estado (Barbará 2000: 120-121).

Si bien el relevamiento practicado demuestra el nivel de precariedad en cuanto al rol social asignado a los indios sometidos, las escenas bilingües de Barbará contienen implícitamente una ventaja comparativa respecto de otras propuestas “integracionistas”, consistente justamente en un grado de preservación de la lengua indígena como instrumento de comunicación, con todas las implicancias sociales y culturales que de ello puedan desprenderse. Compárese con los reparos en torno al uso de la lengua india en la propuesta de ocupación militar de las tolderías del coronel Álvaro Barros, de 1872, cuando aún el conflicto con los indios está lejos de dirimirse en favor del ejército nacional:

Su solo recurso es buscar protección y trabajo, y volviéndose por necesidad y conveniencia, humildes y aplicados, el primer objeto a conseguir sería la disolución de las tribus; segundo el aprendizaje del trabajo en los indios dispersos; el olvido de su dialecto con la enseñanza forzada del castellano, prohibiendo la intervención de los intérpretes (siempre perjudicial), en todo acto oficial (Barros 1975: 265).

Estanislao Zeballos, por su parte, ostenta en *La conquista de quince mil leguas* (1878) un conocimiento teórico de la lengua araucana, adquirido en el estudio de calepinos y gramáticas confeccionados por los jesuitas, que lo lleva a destacar su sonoridad (“la incomparable eufonía que imprime a las conversaciones más ardientes un tono de dulzura insuperable”) en detrimento de su falta de capacidad para significar ideas abstractas o principios filosóficos. Pero fundamentalmente revela un interés científico en la búsqueda ideal de una lengua pura que contrasta con la variante corrompida que usan los indios de la pampa: “De ahí, que cuando oímos hablar a los pampas hay que corregirles y enseñarles lo que ellos desfiguran o ignoran” (Zeballos 1986: 287). La particular posición de Zeballos debe leerse en consonancia con esa vocación científica y museológica que tanto lo lleva a saquear las sepulturas de los indios en busca de cráneos para su colección personal, como a imaginar en presencia de un indio de atractivas cualidades óseas un perfecto ejemplar para ser expuesto en un museo.³ Cuando debe justificarse

³ “Había entrado un indio araucano puro, de hermosísimo tipo, cráneo envidiable para un museo, fisonomía del todo salvaje” (Zeballos 2002: 172).

ante la censura de los escoltas que lo acompañan en su expedición al país de los araucanos, esgrime al borde de la irritación:

Mi querido teniente [...], si la civilización ha exigido que Uds. ganen entorchados persiguiendo la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando cráneos a los museos y laboratorios. La Barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos (Zeballos 2002: 237).

De manera paralela podemos pensar que la estimación de una lengua araucana pura obedece a un principio idéntico de fosilización de los elementos vitales de la cultura indígena. Su incorporación al universo científico supone un método de control que subsume la diversidad cultural en un orden clasificatorio inerte.

Tanto Barbará, circunscribiendo el radio de acción de la lengua del otro, como Barros prohibiéndola de manera tajante o Zeballos inactivándola mediante una abstracción ideal, participan de un proceso de delimitación de fronteras lingüísticas que refuerza la versión homogénea de una cultura unitaria, siempre atenta a los resquicios por donde pueda infiltrarse la diversidad.⁴

Indios literarios

“Acabau, cristiano,
metau el lanza hasta el pluma”.
(José Hernández, *Martín Fierro*)

“[...]Un *yapai*, que es lo mismo que si dijéramos: *the pleasure of a glass of wine with you*”.
(Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*)

La traducción fonética de la lengua de los otros (gringos e indios) actúa en el *Martín Fierro* como una demostración proteica del poderío de su voz narrativa, que no se conforma con la soltura alcanzada en el registro propio, que tanto recrea como inventa, sino que interpela esas otras voces silenciadas. Al indicarles una vía posible de ingreso al universo letrado, nos invita a considerar el inestable tratamiento de la voz de los indios en la literatura de frontera.

Para dar la palabra al indio, un recurso usual al que apela ese conjunto de textos del siglo XIX asociados a la expansión de la frontera interna argentina son las citas de cartas dirigidas a los gobernantes y jefes de frontera. Escritas generalmente por secretarios o escribanos “cristianos” sometidos a cautiverio, representan un remedo devaluado de la voz de los indios, un formato transculturado para propiciar la comunicación interétnica. Como forma de expresión extraña, adquirida para vehicular un discurso propio, encarna la hibridez característica del universo de la frontera: en una carta de Calfucurá al pre-

⁴ Tanto el debate implícito entre las propuestas de Barros y Barbará como la cuestión de los diálogos estereotipados bilingües debe ser considerada en su genealogía colonial, ya que ni el problema ni sus alternativas son nuevos: de hecho remiten a una vastísima bibliografía con la cual esos textos del siglo XIX dialogan, sean o no conscientes de ello.

sidente Mitre, el cacique reclama por unas prendas solicitadas y nunca recibidas (espuelas, chapeado, estribos de plata, rebenque, frenos, espada, ponchos de paño), atribuye el robo a sus emisarios y le solicita a Mitre: “Cuando me mande, mándeme por escrito lo que me manda” (Viñas 1982: 140). Esta demanda de escritura de parte de un cacique hacia un presidente de la nación testimonia el carácter reversible propio de la dinámica de las fronteras, entendidas como zonas de préstamos y apropiaciones culturales.

“Es preferible dar la palabra al mismo Callvucurá”, dice Zeballos en un pasaje del texto homónimo, y a continuación transcribe una carta fechada en la laguna La Verde, el 5 de mayo de 1872, que alude a los hechos mencionados más arriba, a propósito del conflicto con Manuel Grande:

Señor coronel: Hoy le participo que el día 5 me vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raninqueo, con toda la indiada, así que me vine con seis mil indios, a vengarme por la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chipitruz y demás capitanes, en fin, muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande...

Juan Callvucurá

(Zeballos 1981: II, 42-43).

Solamente la impericia narrativa sugiere la figura del cacique por detrás del enunciatador de la esquila; por ejemplo, en el uso del encadenante léxico de matiz conclusivo (*en fin*) que no hace más que concatenar una repetición invariante de los motivos que justifican la invasión.

Pero es en la variación de la norma sintáctica donde el registro lingüístico de los indios encuentra un mayor nivel de formalización literaria, particularmente en la gerundización de las formas verbales y en el reemplazo de los artículos y los pronombres personales por los demostrativos. La *Excursión* de Mansilla es un texto privilegiado en cuanto a la gama expresiva que ofrece para esta indagación, por ejemplo en los casos donde el indio representado posee los rudimentos de la lengua del blanco: “Ése soy Wenchenao, ése mi toldo, ésa mi tierra. ¿Con permiso de quién pasando?” (Mansilla 1980: I, 122).

El encuentro con Caniupán, capitanejo de Mariano Rosas, ofrece una peculiar mixtura donde encontramos al mismo Mansilla ejercitándose en un registro cruzado que adopta los modismos del habla del otro:

Viendo sus caballos tan trasijados, le pregunté a Caniupán:

–¿De dónde vienen éstos?

–Esos viniendo de afuera, boleando –me contestó.

Eran las últimas descubiertas que regresaban, pero Caniupán no quería confesarlo.

–¿Qué habiendo por los campos, hermano? –le agregué.

–Muy silencio estando Cuero, Bagual, y Tres Lagunas.

–¿Entonces, indios no desconfiando ya de mí? –proseguí (Mansilla 1980: I, 127).

Gran parte de los diálogos entre indios y cristianos narrados en el texto están mediados por los lenguajes respectivos y narrados en español o bien mantenidos originariamente en español gracias al conocimiento de esta lengua de algunos ranqueles, en primer lugar Mariano Rosas, quien de sus épocas de cautiverio en una estancia de Juan Manuel de Rosas conserva un perfecto dominio del castellano. La conversación llana entre Mansilla y el cacique principal habilita un tipo de acercamiento al personaje donde se desta-

can los rasgos precisos de una cuidada construcción, que supera las tipologías estandarizadas para otorgarle un realce único.

En general, Mansilla trabaja con la lengua de los ranqueles de una manera relajada y hasta desinhibida, insertándola en la *Excursión* con liviandad y desparpajo:

Voy a estampar sonidos cuya eufonía remeda la de los vocablos araucanos.

Por ejemplo:

Epú, bicú, mucú, picú, tanqué, locó, painé, bucó, có, rotó, clá, aimé, purrá, cuerró, tucá, clao, tremen, leuquen, pichun, mincun, bitooooooooon! (Mansilla 1980: I, 32).

La imitación incoherente de las voces es tan pertinente en el texto como las citas en inglés o en francés que persiguen la intención de postular una equivalencia con rasgos propios de la cultura ranquelina. Así el arte retórico de multiplicar las razones, pericia máxima de los oradores indios en un parlamento, encuentra en los ejemplos del maestro de gramática de Molière un sucedáneo apropiado para el narrador:

De modo que los oradores de la pampa son tan fuertes en retórica, como el maestro de gramática de Molière, que instado por el *Bourgeois gentil-homme*, le escribió a una dama este billete: “*Madame, vos bells yeux, me font mourir d’amour*”. Y no quedando satisfecho el interesado: “*Vos bells yeux, madame, me font mourir d’amour*”. Y no gustándole esto: “*D’amour, madame, vos bells yeux me font mourir*” (Mansilla 1980: I, 133).

De otro tenor son aquellos pasajes de la *Excursión* centrados en la comunicación en lengua indígena, que se hallan prácticamente circunscriptos a las interminables contiendas alcohólicas al grito de *Yapaí!*

Zeballos manifiesta en sus narraciones históricas un prurito académico en el manejo de la lengua araucana que lejos de aportar un rasgo distintivo en la creación de los personajes interrumpe la trama novelesca provocando una sensación de distanciamiento respecto de la materia narrada y una indiferenciación de los personajes indios.

Si en *Callvucurá* la representación del registro indio está prácticamente ausente, *Painé y la dinastía de los Zorros* subsana la falta aportando un nutrido abanico de posibilidades. La narración se inicia en 1839, con el episodio histórico de la sublevación de los hacendados de Dolores y Chascomús contra Rosas, conocido como Revolución del Sur. El protagonista, Liberato Pérez, una vez derrotadas y desbandadas las fuerzas de la sedición unitaria, cae prisionero del gran cacique de los ranqueles, Painé. La novela de Zeballos narra el cautiverio de Liberato entre los indios aliados del partido unitario, hasta su huida al desierto, que deja en suspenso el destino final del héroe y da lugar a una segunda parte, *Relmú*, que cerrará la trilogía.

Las escenas dialogadas propician en el texto la representación de las voces indias. La primera aparición corresponde al lenguaraz de Painé, quien se dirige a Liberato en estos términos: “—Dice aquí el cacique qué te sentís, si estás herido, y que se alegra que te haigas escapao con vida” (Zeballos 1955a: 46). La escritura cuasi fonética y el intento de recuperación de la prosodia del habla campesina, no difiere de la practicada por los poetas gauchescos. De otra índole es la reproducción de un diálogo entre los caciques Yanguelén y Painé, que en nota al pie Zeballos declara haber copiado textualmente de los manuscritos de Santiago Avendaño (cautivo entre los ranqueles desde 1840 a 1847). El registro no revela ninguna marca diferencial respecto del que utiliza el narrador en primera persona de la novela:

Yanguelén. –Yo no soy traidor. Nos aliamos a los cristianos como hombres libres, y al sorprender a tu gente no hemos hecho sino cumplir con el deber de defender la frontera. Si no lo hubiera hecho, yo habría traicionado a los cristianos, mis aliados...

Painé. –Yanguelén, tu traición, confesada ahora, contra mi autoridad, que todos acatan, te va a costar la vida... (Zeballos 1955a: 60).

En el transcurso de su cautiverio, el protagonista aprende la lengua araucana, granjeándose la confianza necesaria para convertirse en escribano de Painé, lo que confiere verosimilitud a los diálogos registrados en lengua original y traducidos entre paréntesis: “–Yerupán huinca thegúa (Vengo a llevarte preso cristiano perro)” (Zeballos 1955a: 109). Esta variante se combina con su inversa, es decir, pasajes donde el diálogo en español recibe su correspondiente traducción araucana interpolada, con la intención de suministrar el vocabulario exacto: “Mi padre extraña que nuestro chezcui los haya reclamado, sabiendo que los hombres no son una propiedad (*yulliñ*) para que cualquiera se vea dueño de ellos”, “Que se fije que con él hay muchos que en su tierra fueron salteadores (*ufuiñ-bé*), asesinos y desertores, y por sólo estar con él están libres” (Zeballos 1955a: 147).

En conclusión, la inconsistencia y variabilidad en la representación textual del registro indio, correlato a veces verosímil de los distintos grados de aculturación, demuestra, por un lado, la falta de formalización de un anclaje literario, en tanto no logra cuajar en un modelo representativo prototípico o genérico. Pero enseña, por el otro, una rica gama de alternativas y variantes para producir una versión literaria de los indios que jamás consiguió amalgamarse al concierto de voces de la literatura nacional. El caso especial de Mariano Rosas en *Una excursión a los indios ranqueles* reviste ribetes únicos, donde la composición del personaje desestima los lugares comunes de la representación de la barbarie (perpetuados en el *Martín Fierro*), para producir un acercamiento revelador, ecuaníme y desprejuiciado.

2. Paisaje, territorio y Estado

La anexión de tierras es el eje problemático en torno al cual se nuclearon materiales de orígenes diversos para dar cuerpo a una red intertextual que terminó configurando la territorialidad nacional, en el sentido en que Jens Andermann la interpreta, como “un artefacto producido en el discurso” (Andermann 2000: 20).

El viaje de Mansilla a las tolderías ranquelinas proporciona un modelo paradigmático donde el reconocimiento del terreno con fines militares se intersecta con las proyecciones económicas y las intenciones estatales en un marco discursivo estético y político. A un tiempo Mansilla interviene en el proceso de integración del Estado-nación y en la redefinición de sus contenidos. Levanta un croquis topográfico para ofrecerlo a la industria rural y realiza un deslinde con una clara orientación socioeconómica entre dos tipologías del gaucho: el *paisano gaucho* (Camilo Arias), “hombre útil para la industria y el trabajo” que “compone la masa social argentina”, y el *gaucho neto* (Chañilao), “habitante peligroso en cualquier parte” que “va desapareciendo”.

Ya el *desierto* había proporcionado un “fondo de poesía” a la incipiente literatura nacional, así como un “teatro de guerra” (las dos expresiones son de Sarmiento) para la lucha entre civilización y barbarie, a partir de un trabajo intelectual tendiente a la construcción de una identidad nacional que hizo del paisaje uno de sus elementos clave. Jus-

tamente la idea de paisaje, tal como la exponen Aliata y Silvestri (1994), connota siempre un escenario y un espectador, así como una serie de valores que el espectador deposita en ese escenario y un conjunto de técnicas para representarlo según su propia mirada, por lo cual es lícito hablar de una ideología del paisaje. Desde este ángulo, el uso del sustantivo “desierto”, portador de una densa carga semántica en la literatura argentina del siglo XIX, puede entenderse en función de aquello que presenta como contrapartida: un sujeto hegemónico que en tanto nombra y asigna los sentidos, se afirma como portador de los contenidos civilizatorios que llenarán el espacio vacío.

Cuando la necesidad de controlar el territorio comienza a exigir un conocimiento más detallado, que permita implementar políticas de acción en el marco de la organización estatal en marcha, la aproximación sensible cede espacio a un acercamiento utilitario orientado por el interés económico. Como en otras tantas cuestiones conexas, *Una excursión a los indios ranqueles* presenta una visión descarnada del asunto:

Y como siempre que bajo ciertas impresiones levantamos nuestro espíritu, la visión de la Patria se presenta, y pensé un instante en el porvenir de la República Argentina el día en que la civilización, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico, pero adecuadas a la cría de ganados y a la agricultura (Mansilla 1980: I, 72).

Así, la crónica de Mansilla, sin desdeñar la mirada subjetiva sobre el paisaje (“la sábana inmensa del desierto solitario, triste, imponente, pero monótona como el mar en calma”) muestra una creciente complejidad en el punto de vista del viajero al incluir también la objetividad científica de la carta geográfica y el registro desmitificador del observador directo:

Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas.

Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra patria (Mansilla 1980: I, 65).

No en vano el autor se confiesa admirador de la obra canónica de Alexander von Humboldt, *Cosmos* (1845-18455), que concilia las concepciones antinómicas de la visión paisajística y de la proyección cartográfica, estrechando las relaciones entre ciencia, técnica, mirada artística y descripción convencional.

La década de 1870 es particularmente activa en lo que respecta a la organización del territorio. Siendo el espacio rural la cuna de la riqueza se torna imperioso su conocimiento exacto, su registro cuantitativo y cualitativo. La planificación del territorio, la diagnosis sobre las posibilidades económicas y los proyectos de soluciones técnicas irrumpen con fuerza incluso en textos de índole literaria. El desconocimiento de una zona clave para la expansión económica como es la región pampeana impone una tarea urgente asumida fundamentalmente por el ejército y los cuadros técnicos y científicos convocados del exterior.

El libro del coronel Álvaro Barros, *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur* (1872), proporciona una idea acabada de los dilemas que enfrenta el Estado argentino para la consecución de sus objetivos en el tratamiento central que otorga a tres cuestiones capitales: la resolución del problema del indio, la corrupción enquistada en el ejército y la construcción de una carta geográfica de la frontera bonaerense.

En el mismo año de 1872, un poema íntimamente ligado con la materia tratada por Mansilla y Barros en los textos aludidos hace su aparición pública, acompañado de un artículo a manera de apéndice que adquiere su sentido preciso al ubicárselo en la serie de obras que encaran la cuestión fronteras en sus diversos aspectos históricos, políticos y literarios: me refiero al texto breve que acompaña la edición original de *El gaucho Martín Fierro*, “Camino tras-andino”. Dicho artículo se aboca a una hipótesis concreta: buscar un paso por la cordillera de los Andes con miras a construir una vía férrea que conecte a la Argentina con Chile. Para este fin es que Hernández recopila los textos de los viajeros y exploradores del período colonial que habían descubierto, ya a principios del siglo XIX, el paso más conveniente a tal efecto. La tarea de relevamiento de fuentes de viajeros que realiza Hernández se asemeja en un todo a la emprendida por Barros para construir su mapa o a la realizada hacia el fin de la década por Zeballos para componer la reseña cartográfica incluida en su manual de uso militar titulado *La conquista de quince mil leguas*. Idéntico es también el tenor de las quejas que el autor esgrime sobre la falta de exploración de inmensos territorios y la carencia de un adecuado relevamiento topográfico:

En 1872, como en 1600, y como en 1700, las expediciones exploradoras [*sic*] se dirigen a nuestras vastas comarcas interiores, con la misma falta de datos topográficos, con las mismas dificultades, con los mismos inconvenientes y peligros con que luchaban los primeros tiempos del descubrimiento (Hernández 1872: 72).

La perspectiva económica, la divisa del progreso y la civilización bajo la cual se inscribe el artículo,⁵ contrastan vivamente con la defeción del personaje literario que protagoniza el poema del mundo civilizado y ponen de relieve la ambivalencia de los juicios de su autor. El contrapeso que instala “Camino tras-andino” en el folleto, considerado en su totalidad, anticipa el lugar que ocupará *La vuelta* como texto conciliador de los intereses del estado con los de las masas rurales. Pero sobre todo coloca a Hernández en línea con los autores que intervienen desde un lugar de enunciación característico de los hombres del ochenta, que combina la función pública y la creación literaria.

A medida que el conjunto de textos citados va diseñando el mapa de los nuevos espacios cuya anexión posibilitará el futuro económico latifundista del país, se consolida un dispositivo literario que los interrelaciona integrándolos como parte de un sistema mayor que los contiene. En 1878, un libro clave de Estanislao Zeballos, *La conquista de quince mil leguas*, propone, más allá de sus intenciones manifiestas de demostrar la practicabilidad del traslado de la frontera sur al Río Negro y de proporcionar a los oficiales del ejército expedicionario del general Roca un manual sintético de conocimientos indispensables, la primera antología comentada de la literatura de frontera, a la vez que se constituye en uno de sus textos modelo. Zeballos traza una línea de continuidad que conecta los diarios de los exploradores de la época de la conquista con los de la expedición de Rosas de 1833, los proyectos de avance de la línea de frontera durante las administraciones de Mitre y Sarmiento, y las formulaciones de la cuestión contemporáneas a la fecha de escritura del libro, para desembocar en la empresa consagratória del entonces

⁵ “Trácese para la República la línea de frontera que la naturaleza le demarca, conquístese de esa manera el desierto, derrámese en él la actividad de la industria, la riqueza, la vida del comercio y la civilización, que el gran problema del pasaje a la cordillera está resuelto desde 1802” (Hernández 1872: 76).

ministro de guerra Julio A. Roca. Asocia una cantidad de materiales heterogéneos en un corpus común y pone al día la suma de avances cartográficos que competen a la región. Suministra una descripción pormenorizada del “territorio inmenso de la Pampa” que hecha mano de relatos de viajeros, cautivos, científicos, militares y hombres de letras; incluye un breve tratado sobre los indios, donde repasa cuestiones etnográficas, lingüísticas, políticas y socio-culturales del enemigo para ese entonces neutralizado y propone un sistema de ocupación territorial basado en colonias militares.

El capítulo final presenta a modo de reseña bibliográfica y cartográfica, el compendio detallado de los textos que, de aquí en más, se integran en un sistema de mutua dependencia que los resignifica⁶: un archivo que acumula y ordena ese espacio simbólico y territorial llamado frontera, que a un tiempo debe ser superado para transformar la Nación en un Estado moderno, y representado para constituir el acervo de la cultura nacional.

3. Avatares de un corpus

Si acordamos que un género (la literatura de frontera) se constituye como tal en dos tiempos: un momento interno en que las obras encuentran y reproducen su propia gramática genérica, y uno externo –tardío y retrospectivo– a partir del cual el metadiscurso crítico elabora una categoría que las engloba, fija límites y sistematiza un conjunto de rasgos para construir una herramienta de análisis, podemos considerar los ensayos de Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), y de David Viñas, *Indios, ejército y frontera* (1981), sendos hitos de este segundo momento constitutivo. La intervención básica que materializa las operaciones críticas es la selección de un corpus llevada a cabo por los autores, selección que es a un tiempo la definición más simplificada de *género*: un modo de clasificar o agrupar obras literarias en virtud de ciertas características comunes.

Ambos trabajos críticos presentan una estructura tramada desde la intertextualidad, y es en ese marco relacional donde comienzan a registrar el conjunto de textos del género: en Martínez Estrada por medio de una secuencia de cita-comentario que propone un diálogo constante entre las obras auxiliares y sus propias consideraciones; en el caso de Viñas apelando a un sistema denso de epígrafes de diversa funcionalidad, que jalonan estratégicamente las subdivisiones internas del ensayo (partes, capítulos o párrafos), y en el extenso apartado titulado “Presentaciones y testimonios”, donde ofrece una antología comentada (y fuertemente discutida) de textos que constituye de por sí un relevamiento bibliográfico de primer orden para el tema que nos ocupa.

Las listas de textos y autores que de estos modos se despliegan presentan numerosos puntos en común así como acentuaciones diversas, pero básicamente coinciden en los núcleos textuales que abordan y que me permito agrupar atendiendo al origen de las intervenciones y a la inserción institucional que las legitima y autoriza: políticos como Nicasio Oroño o Adolfo Alsina; militares de frontera, Barbará, Mansilla, Barros, Fothe-

⁶ Saluda Julio A. Roca la publicación del libro con una carta dirigida a Zeballos donde destaca: “Va a ser una especie de revelación para la mayoría del pueblo argentino, que tendría que ir a buscar en cien volúmenes distintos los antecedentes que Vd. presenta en pocas páginas” (Zeballos 1986: 9).

ringham, Prado, Olascoaga, entre otros; autores gauchescos, fundamentalmente Ascasubi y Hernández; periodistas y escritores tales como Gutiérrez y Payró; viajeros ingleses y europeos, de Head a Beck Bernard, pasando por Darwin y Mac Cann; indios como Cal-fucurá o Namuncurá –siempre en formato epistolar–; científicos como Ebelot o Melchert; curas y misioneros.

Instalados en un epicentro desde el cual irán extendiendo las sucesivas ramificaciones del análisis crítico, ambos ensayos van tramando una red de conexiones que dota de sentido al sistema de textos presentado. Para Martínez Estrada el núcleo generador lo constituye el poema de José Hernández, que lo lleva a reponer de manera exhaustiva el ambiente que el *Martín Fierro* presupone sin detallar nunca, concentrado como está en el relieve singular de la acción: *La Frontera*. Por su parte Viñas ubica en el conjunto textual que denomina “discurso del roquismo” un foco de irradiación particular que le permite establecer las interrelaciones de una formación discursiva constante que recorre la historia americana y que denomina justamente “literatura de frontera”:

El discurso del roquismo en los alrededores de 1879 no sólo aparece como un epílogo correlativo al *Facundo* de 1845, sino que ambos textos pueden ser leídos como capítulos de ese gigantesco corpus que, si se abre con el *Diario* de Colón a fines del siglo xv, recorre trágica y contradictoriamente los siglos xvi, xvii, xviii y primera mitad del xix; sin notas al pie, pura andadura. Esa constante que si en su totalidad organiza una “literatura de frontera” enca-balgada en la dialéctica de lo parecido y lo diferente, se va dramatizando entre lo que queda “de este lado” y lo que amenaza “desde el otro”, entre “lo que se muestra por nosotros” y “lo que por ellos se agazapa”. Entre “lo que pelagra aquí” y “lo que debe ser castigado allá”. Sin demasiados matices, tajante contraposición, drama elemental. Pura guerra (Viñas 1982: 46).

El gesto abarcador nos permite verificar una hipótesis acerca del corpus catalogado bajo el rótulo en cuestión: su posibilidad de expansión, que excede los límites formales tanto como las localizaciones históricas acotadas que quieran imponérsele. En este sentido, Martínez Estrada propone una temporalidad similar a la de Viñas en el tramo del ensayo dedicado a las luchas contra el indio:

En el mismo plano que Cieza de León, Las Casas y Díaz del Castillo está Ercilla. Este autor, en la postura del cronista, fija para la poesía el canon de una antítesis que Sarmiento llegó a revalidar para la historia: la barbarie representada por el indígena y la civilización representada por el conquistador. [...] Prevalece tal antítesis en toda nuestra literatura, desde *La cautiva* hasta el *Martín Fierro*, con una declinación peyorativa que finalmente reduce al indio a un salvaje feroz digno de desprecio (Martínez Estrada 1948: I; 188).

Además de afirmar, en un caso, que el discurso del roquismo puede conectarse con la literatura de la conquista (y la campaña al desierto considerarse justificadamente una etapa superior de la misma), y en el otro, que el *Martín Fierro* reenvía a una antítesis de larga data, vigente ya en las retóricas del proyecto colonial, las citas transcritas postulan una segmentación en el marco de la literatura nacional del siglo diecinueve: Del *Facundo* a los textos de la campaña al desierto, de *La cautiva* al *Martín Fierro*. Las dos obras propuestas como puntos de partida no sólo acreditan su preeminencia en el carácter fundacional que ostentan dentro de la producción literaria vernácula, sino que adicionalmente, inician el capítulo argentino dentro del corpus “gigantesco” de la literatura de

frontera. Echeverría, por encarnar en su poema “el fallo inapelable de condenación del indio antes de que se exacerbara su ferocidad por el trato inicuo a que se le sometió” (Martínez Estrada 1948: I; 189), respondiendo, según Martínez Estrada, a un plan político donde el indígena no es considerado ni siquiera como problema. Sarmiento, “porque, en esta discusión, resulta iniciador, emblema y paradigma” (Viñas 1982: 73), tal como afirma Viñas al identificar en el autor del *Facundo* al mentor ideológico de los hombres de 1879.

El “problema del indio” orienta los dos ensayos en una dirección común, señalada desde el epígrafe de Martínez Estrada que inaugura *Indios, ejército y frontera*:

Tampoco en la historia figura ese capítulo; es preciso buscar los materiales en las crónicas de frontera, escritas por amanuenses asalariados por el gobierno, pues son los únicos que se conservan. Allí la conducta del blanco es paliada o puesta en contraste con la del indio, siempre peor.

Casi en los mismos términos argumenta Viñas:

Mi proyecto al organizar esta selección de textos ha sido fundamentalmente describir, analizar, y evaluar *la relación* entre los blancos y los indios; planteada por el blanco y, por consiguiente, asimétrica, desigual e injusta para los indios (Viñas 1982: 190).

La revisión histórico-literaria encarada en los trabajos respectivos retoma y amplía buena parte del corpus bibliográfico de Zeballos, cuyos propios textos pasan, en manos de los críticos, a integrarse como piezas fundamentales de la misma formación discursiva. La perspectiva histórica trae aparejadas nuevas hipótesis de lectura y un punto de vista renovado sobre los materiales que otrora fundamentaron las políticas y lineamientos ideológicos que los ensayistas vienen a reconsiderar.

Polifonía e intertextualidad

Un aspecto destacable del conjunto discursivo que diseñan los trabajos críticos citados lo constituye la heterogeneidad de las formas narrativas. Es que la *cuestión fronteriza* actúa como una fuerza centrípeta que convoca de manera indiscriminada los materiales que participan de su núcleo problemático.

Una revisión general de los testimonios presentados por David Viñas (que comprenden el período 1863-1908) proporciona una idea cabal de la diversidad formal de las fuentes consultadas: clásicos de la literatura nacional como el *Martín Fierro* y *Una excursión a los indios ranqueles* conviven con una variada correspondencia (Calfucurá, Mitre y Namuncurá entre otros), anales de congregaciones misioneras, informes de científicos, militares y técnicos europeos contratados para asesorar al Estado argentino, reseñas de combates en la línea de frontera, documentos oficiales, actas de asamblea, diarios de viaje, partes militares, mensajes presidenciales, folletines, crónicas, estudios topográficos, memorias, ensayos históricos, programas, cuentos, manuales.

El concepto de *géneros discursivos*, definido por Bajtín de manera extensiva, incluyendo todos los usos y formas de la lengua vinculados a la totalidad de esferas de la acti-

vidad humana,⁷ bien puede ser traído a colación para abarcar el conjunto de los materiales descriptos e incorporados de manera fragmentaria por el autor para componer su “polémico *collage*”. Incluso los enunciados orales (géneros primarios constituidos en la comunicación discursiva inmediata, según Bajtín) aparecen connotados como fuente de consulta en la dedicatoria inicial a doña Felisa “—tan vieja y aislada, ranquelina y recordadora— que allá, a orillas de la laguna, en la Guardia del Monte, muy hacia el fondo, rezongó algunas cosas” (Viñas 1982: 9). Justamente la escena oral que repone esta cita coloca al autor como depositario de una serie discursiva complementaria a la antologizada en el libro, aquella que no alcanza estatuto letrado y de la cual Viñas se asume como interlocutor privilegiado.

En dos ocasiones Viñas recurre al concepto de *polifonía* para referir su propia versión de lo que puede entenderse por una literatura de frontera (“la compleja polifonía que se instaura alrededor de la lucha contra el indio”). Y es a la manera de un “coro polifónico” —que “comenta, provoca, sintoniza y explica”— como estructura el apartado final correspondiente a la antología de textos. Lo que aquí interesa señalar es la correlación entre las múltiples voces conjugadas y la variedad de formas textuales que las representan, la transversalidad del corpus respecto al sistema de los géneros discursivos.

Esta misma característica podemos observarla no sólo en los trabajos que fundan el género como herramienta de reflexión crítica sino en los textos primarios que lo instituyen. Para el caso, un texto clásico como el de Álvaro Barros, *Fronteras y territorios federales de las Pampas del sur* (1872), incorpora entre sus fuentes documentales informes militares sobre fronteras, folletos dedicados a la cuestión como el de Nicasio Oroño (*Consideraciones sobre fronteras y colonias*, 1864), diarios de viajeros (Villarino, Cox, de Moussy), correspondencia mantenida entre el mismo Barros y los caciques principales, documentos oficiales, artículos periodísticos (*La Tribuna*, *La República*), discursos parlamentarios, ensayos históricos, narraciones incrustadas, etc. Un relevamiento similar y aún más profuso hemos constatado en la suma de Zeballos, *La conquista de quince mil leguas*. Incluso el texto del coronel Barros aparece citado en este último, conformando una cadena de remisiones que hace de la intertextualidad un elemento clave de la gramática del género tal como va configurándose en la década de 1870.

Lo expuesto nos permite sostener una hipótesis según la cual el momento crítico de la literatura de frontera (su “conciencia externa”) participa de una comunidad estructural con su objeto de estudio que difuma un aspecto de la distinción: los trabajos de Martínez Estrada y Viñas reproducen la trama intertextual que ya se encuentra presente en una parte central del corpus manejado en sus investigaciones. Coinciden en el afán recopilatorio y documental que en la década de 1870 dio forma visible a un sistema literario organizado en torno a un núcleo argumental que Viñas cifró metafóricamente en la figura de la mancha: “una de las manchas temáticas más densas de la historia de América

⁷ “Efectivamente, debemos incluir en los géneros discursivos tanto las breves réplicas de un diálogo cotidiano [...] como un relato (relación) cotidiano, tanto una carta (en todas sus diferentes formas) como una orden militar, breve y estandarizada; asimismo, allí entrarían un decreto extenso y detallado, el repertorio bastante variado de los oficios burocráticos [...], todo un universo de declaraciones públicas (en un sentido amplio: las sociales, las políticas); pero además tendremos que incluir las múltiples manifestaciones científicas, así como todos los géneros literarios (desde un dicho hasta una novela en varios tomos)” (Bajtín 1985: 248).

Latina y de la Argentina” (Viñas 1982: 46). En este sentido podemos considerarlos como nuevas intervenciones que, desde el género, proponen otra lectura del mismo.

4. De las determinaciones sociales

La doble escritura

El análisis de los géneros literarios abordados desde un punto de vista sociológico ha señalado vínculos entre los grupos sociales hegemónicos y las formas narrativas predominantes en los respectivos períodos históricos. En este sentido ha observado la coherencia entre el surgimiento de la épica y el de la aristocracia guerrera, o la relación que liga a la novela moderna con el desarrollo de la sociedad burguesa (Altamirano/Sarlo 1980: 55).

Si bien, dado el conjunto heteróclito de textos que hemos relevado en apartados anteriores, no nos enfrentamos a una estructura literaria determinada, convencional y formalizada, creemos que no pueden dejar de establecerse relaciones de correspondencia con un contexto social que los trabajos críticos de Martínez Estrada y Viñas se encargan de explicitar. La literatura de frontera se organiza de modo complementario respecto de un proyecto político y económico, por lo que no es de extrañar que el avance sobre el *desierto* cifre a un tiempo posibilidades estéticas para el desarrollo de la literatura nacional como económicas para la organización futura del Estado. Tan es así que algunos textos como el de Mansilla combinan esta doble vertiente en un mismo artefacto discursivo: el mapa para la sociedad rural y el folletín para el lector urbano, o las descripciones del terreno que satisfacen los requerimientos militares y aquellas destinadas a las ensoñaciones de un *tourist*.

En su *Diccionario básico de literatura argentina* (1968), Adolfo Prieto incluye una entrada bajo la denominación “Literatura de fronteras” donde brinda un repertorio de información precisa, aunque acotado por el carácter propio de la obra. Luego de pasar revista brevemente a la cuestión territorial recalcando el factor económico como motivo desencadenante del conflicto con los indios, pasa a considerar un corpus representativo de la categoría presentada, no sin antes indicar los elementos que a su juicio otorgan potencial literario al hábitat de frontera.

Cabe destacar el orden de prioridades que Prieto establece en la presentación del tema porque el exigido recorte que impone la forma *diccionario* propicia un tratamiento jerárquico y decantado de la cuestión: 1º) el interés económico (“Todo el territorio que los dispersos asentamientos de la colonización española fueron dejando en poder de los indios empezó a adquirir un enorme valor potencial a medida que los campos de pastoreo certificaban su seguro porvenir económico” (1968: 92); 2º) el interés político, que convirtió a los indios “tanto en los enemigos declarados de la civilización de las ciudades, como en los eventuales aliados de alguna de las facciones políticas en pugna” (1968: 92); 3º) el interés sociológico: “Esta interacción estrecha y confusa entre las ciudades y el desierto [...] marca uno de los hechos capitales en la historia de la sociabilidad argentina” (1968: 92); y 4º) el interés literario:

La frontera, la línea ambigua de contactos entre los intereses de la ciudad y los del desierto, se convirtió, de alguna manera, en un mundo fascinante en el que la aventura, el heroísmo y la abyección intercambiaban un cotidiano juego de máscaras (1968: 93-94).

La lógica de la secuencia pareciera coincidir con la de los hechos: los factores económicos y políticos generaron un espacio en permanente disputa y una particular interacción entre grupos social y culturalmente diferenciados, de los cuales la literatura vino a dar cuenta. Pero este razonamiento es falaz justamente en su carácter secuencial ya que los dispositivos discursivos de hecho se conjugaron con la expansión empírica de los límites físicos conformando un único proceso de territorialización que combinó operaciones militares, relevamientos cartográficos, apropiaciones científico-discursivas, leyes, decretos, disposiciones y una compleja trama literaria. De ahí que en este contexto podamos utilizar el término escritura en un sentido amplio, que refiere la praxis específica de una tecnología humana, y en otro, acotado, correspondiente al campo del derecho, que lo interpreta como *toma de posesión*. No de otro modo concibe Bartolomé Mitre una obra como *La Australia argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados*, de Roberto J. Payró, en la carta que la prologa, fechada el 15 de septiembre de 1898, como una apropiación simbólica de las tierras australes que completa la posesión del *desierto* ejecutada por el general Roca en su campaña de 1879:

No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo, y sobre todo si el libro no le imprime el sello que constituye como un título de propiedad, haciéndolo valer más.

Por esto su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla (Payró 1985: 13-14).

La observación tiene un marco histórico de aplicación retrospectiva que involucra centralmente el proceso de constitución del Estado-nación hacia la segunda mitad del siglo XIX en la Argentina, dramáticamente resaltado en las áreas fronterizas. La representación del espacio importó el establecimiento de un control discursivo sobre un territorio que se fue perfilando como nación mediante el ejercicio efectivo de una soberanía política y cultural.

La vaca o la élite liberal

Una de las comprobaciones relevantes sobre el corpus verifica que el mismo espacio puede ser compartido por la literatura y los informes oficiales. Claro que, en el período abarcado por las obras estudiadas, la escritura literaria lejos está de concebirse como una actividad autónoma y desvinculada de la política, todo lo contrario, pero este dato no explica de por sí la alianza de voces en pos de un objetivo compartido. Este carácter solidario nos permite pensar tanto en una mecánica interna de funcionamiento, como en un elemento central de la lógica del agrupamiento de lo que dio en llamarse literatura de frontera.

Viñas acentúa la determinación social de los textos de frontera identificando el núcleo de coincidencias ideológicas que los trasuntan con los de una clase que presenta como bloque homogéneo y hegemónico, la “élite liberal”. La concentración de su objeto de estudio en una fecha clave, 1879, le posibilita articular una suma de significaciones en

torno a un sujeto colectivo, “la generación roquista del 80”, y su enemigo funcional que actúa también como catalizador del proyecto nacional:

Es que los indios, de hecho, se iban convirtiendo en el factor que concentraba los diversos componentes de esa visión del mundo y, al mismo tiempo, disfumaba las fisuras, entresijos y ranuras de la ideología general. Bien visto, la élite nunca tuvo un enemigo tan recortado, prioritario y homogéneo. Y en gran medida, el apogeo de la oligarquía habrá que analizarlo en relación a ese desafío y a su propia capacidad de rechazo y negación (Viñas 1982: 144).

En el esquemático determinismo propuesto por Viñas la literatura de frontera constituye el predicado central que otorga coherencia y sustancia a una formación social estigmatizada a lo largo del ensayo. La interpretación agonística que aparece reiteradamente –“pura guerra”, “guerra de las vacas”, “guerra de la carne”– concuerda con el sentido que Martínez Estrada asigna a la lucha contra el indio en *Muerte y transfiguración* como lucha por la apropiación, reparto y cuidado de la riqueza ganadera. Si bien las conclusiones de este último transitan por momentos la senda de una interpretación esencialista que en lugar de identificar intereses de clase descubre males originarios, como ser el hecho fortuito de la proliferación del ganado en estado salvaje,⁸ el desplazamiento del sujeto productor de la historia (“la vaca determina la conducta”) no debe verse más que como una figura metonímica que apunta en última instancia a resaltar la causación económica en la confrontación con el indio:

En las luchas contra el indio, la vaca fue el verdadero objetivo de las operaciones. Solían hacerse arreos hasta de ciento cincuenta mil vacunos, que eran recuperados, pasando el botín de guerra alternativamente de unas a otras manos como trofeo de victoria. Indios y blancos se robaban recíprocamente. El pretexto de la civilización vino luego, cuando el indio se encarnizó en defender sus haciendas. Se enconaron los ánimos y no se cumplían los pactos. El saqueo de poblaciones y el rapto de cautivas era lo accesorio. Las líneas de frontera eran vastos cercos que encerraban caballos y vacas (Martínez Estrada 1948: I, 152).

De la cita también podemos extraer un condensado de elementos característicos que organizan la narrativa de frontera: arreos, malones, pactos, cautivas. Si para Martínez Estrada el ganado plasma al hombre, la economía y la política social, ¿cómo habría de librarse la literatura de este núcleo configurador? Sea que la raíz problemática se determine en un hecho casual como la proliferación ganadera, sea que se la ubique en una clase social, en cualquier caso se corrobora una característica distintiva de los géneros que Bajtín enunció con una imagen precisa: “son correas de transmisión entre la historia de la sociedad y la historia de la lengua” (Bajtín 1985: 254).

El establecimiento de un nivel basamental que sobredetermina el sistema de textos desde una perspectiva sociológica permite superar un tipo de acercamiento aséptico que considera a las obras meros reflejos de la vida de frontera o inocuos testimonios de ese mundo. Adicionalmente, rompe la dureza de un corpus paralizado en el tiempo para abrir

⁸ “De la vaca, que como los hindúes y los egipcios debiéramos adorar, dimanan casi todos nuestros bienes y nuestros males” (Martínez Estrada 1948: I, 147).

el camino crítico de la categoría (*literatura de frontera*) como herramienta dinámica y productiva de análisis.

Si como afirma Daniel Link (2003) los géneros son matrices de percepción (ángulos, puntos de vista, relaciones, grillas temáticas, principios formales) que organizan la experiencia y garantizan la legibilidad de la vida, la literatura de frontera, desprendida de su instancia originaria (los conflictos derivados de la conquista territorial y las luchas contra los indios) debería poder funcionar como pauta de lectura de los renovados antagonismos sociales que comparten con ella su núcleo problemático.

5. Actualizaciones, valor de uso

Podemos postular al menos tres líneas de continuidad que remiten en mayor o menor medida al corpus del siglo XIX agrupado bajo la denominación *literatura de frontera*. Expuestas de acuerdo a una gradación de desvinculación creciente con este último, observan el siguiente orden: 1º) aquellas obras que proponen una continuidad temática y referencial, y cuya fecha de producción trasciende el marco temporal original de la literatura de frontera para adentrarse en el siglo XX (pero remitiendo siempre al núcleo compositivo original);⁹ 2º) trabajos que manifiestan una continuidad interpretativa, en el sentido que decantan del conflicto de fronteras un nudo problemático susceptible de aplicarse a los sucesivos antagonismos sociales que pautan la historia argentina; 3º) aquellos textos sin vinculación expresa con el núcleo temático original que trabajan sobre la base de un concepto complejo de frontera para dar cuenta de las transformaciones socioculturales contemporáneas.

Adolfo Prieto cierra su entrada del *Diccionario* con una reflexión concisa que verifica la persistencia de la categoría a través de diversas épocas, tendencias y modalidades: “[...] uno de los escasos momentos de nuestro pasado histórico que parece estimular la atención de nuestros escritores contemporáneos” (Prieto 1968: 94).

Eduardo Romano en un trabajo dedicado a delinear los ejes de la fructífera relación entre cine y literatura nacional en torno a la cuestión de la frontera señala asimismo:

Al parecer, la literatura de frontera es capaz de mostrar, ante nuevos rumbos artísticos, su persistencia. Dicho de otro modo, puede suponerse que cada renovada concepción del signo literario necesita medir su eficacia con este núcleo, *evidentemente irresuelto* de la cultura nacional [...]. (Romano 1991: 268).

⁹ Véase un interesante listado comentado de este subconjunto en la nota al pie del capítulo “VI. Narraciones de frontera” de Enrique Williams Álzaga (1955: 185-186). La utilización en esta nota del término “relatos indigenistas” como sucedáneo de “narraciones de frontera”, nos resulta desconcertante en relación a la distancia que media entre los textos enumerados y una interpretación del género indigenista como la que suministra Cornejo Polar: “[...] el mejor indigenismo, no sólo asume los intereses del campesinado indígena; asimila también, en grado diverso, tímida o audazmente, ciertas formas literarias que pertenecen orgánicamente al referente” (Cornejo Polar 1982: 84). Adicionalmente nos lleva a pensar la hipótesis según la cual la literatura de frontera colma el espacio ausente del indigenismo en las letras argentinas, o irónicamente: es nuestro indigenismo.

Nuestras itálicas destacan el centro de una hipótesis que intenta dar cuenta de un hecho literario indisociable del proceso histórico casi en los términos psicológicos de una estructura latente –la del conflicto irresuelto– que constriñe el libre desarrollo de la cultura nacional. Hipótesis cara –con sus respectivos matices– a Martínez Estrada y a David Viñas que en diversos pasajes de los trabajos analizados enhebran los hechos históricos y los materiales literarios con el hilo rojo de un presente atemporal cuya fórmula podríamos resumir en la sentencia *hoy como ayer*:

Tanto el problema del gaucho como el del indio son los dos núcleos especialmente controvertidos a partir de los cuales se instauró la república oligárquica argentina. Son los primeros “desaparecidos” de esa matriz inicial generadora. [...] el universo de los sometidos –en la Argentina de 1879 a 1976– se ha ido superponiendo hasta mezclarse y confundirse con el nivel de lo censurado (Viñas 1982: 150).

Ambos autores comparten el convencimiento de que las investigaciones críticas que llevan a cabo pueden y deben arrojar luz sobre los hechos del presente. Los invariantes históricos, psicológicos, económicos, y políticos postulados en la obra de Martínez Estrada definen una estructura medular a partir de un diagrama de líneas de fuerza que el ensayista advierte contenido ya en *el Facundo* como en *el Martín Fierro*. Un status de dimensión social que trasciende lo efímero y ocasional hacia un tipo de historia susceptible de repetirse indefinidamente:

La venganza más terrible del indio –su victoria– ha consistido en dejarnos habitar un mundo sin indulgencia para los miserables, sin delimitación precisa entre lo justo y lo injusto, lo digno y lo indigno, el poder y el derecho, lo auténtico y lo apócrifo. Mundo que por no haber tenido conciencia del problema del indio ahora se debate sin encontrar solución a sus “problemas indígenas” (Martínez Estrada 1948: I, 189).

El críptico final de la cita se conecta con la coyuntura política correspondiente a la fecha del ensayo (gobierno peronista) y su análisis excede el marco presente; lo que sí nos interesa es que pone de relieve un tipo de operación crítica generalizada en el tratamiento de la literatura de frontera que consiste en la traducción del conflicto original en términos actuales. Dicha operación encuentra en Viñas una formulación precisa en la analogía que establece en torno al eje semántico “desaparecidos”/“subversivos”, y en una particular inflexión del paralelismo, aquella que identifica a principios del siglo xx el desplazamiento del “enemigo social” de la “élite oligárquica”, de los indios a los inmigrantes. Cuando la generación del 80 confronta el idealismo inmigratorio expresado en la constitución alberdiana con un cúmulo de consecuencias jamás previstas ni deseadas (repliegue urbano, organización sindical, huelgas), Viñas localiza el salto cualitativo que determina una nueva frontera de exclusión, ya no sustentada en la discriminación racial sino en el deslinde de clase:

Al fin y al cabo, los enemigos prioritarios en el nuevo siglo eran el obrero anarquista, el agitador social y el sindicato. Todos esos eran los que organizaban los *malones rojos* que ya no salían de Carhué o de las Salinas Grandes; las tolderías de la “Sodoma del Plata” quedaban ahí nomás, en la Boca. Los conventillos eran los toldos de 1910 (Viñas 1982: 115).

El movimiento de lectura descripto cifra en la literatura de frontera y en los hechos objetivos que ésta revela y oculta una clave de lectura para la historia nacional y para la

historia política reciente del país, es decir, contemporánea de las fechas de escritura de los ensayos: peronismo y proceso de reorganización nacional. El potencial interpretativo de la categoría corroborado en estos dos trabajos se sustenta en una utilización del corpus a modo de malla o cuadrícula: una estructura matricial que permite identificar las constantes sistemáticas de una versión de la historia argentina presentada como carente de solución de continuidad.

6. Ensayos de interpretación de la vida argentina

“Cuando sepamos qué país habitamos y con quiénes,
sabremos lo que somos y lo que debemos hacer”.
(Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*)

La literatura de frontera encaró la compleja tarea de proyectarse hacia un referente cuya identidad sociocultural difería marcadamente de aquella que cabe asignar al sistema de producción y consumo de los textos resultantes. Formas de la cultura dominante fueron utilizadas para dar cuenta de un ámbito caracterizado por un desarrollo desigual, creando un universo textual dominado por la lógica de la otredad. La disociación entre el mundo representado y los modos de representación introdujo una variable de conflicto siempre presente en las investigaciones que la toman por objeto.

Ese elemento diferencial nos permite tratar el corpus en cuestión en el marco de la categoría analítica de las *literaturas heterogéneas* que Cornejo Polar desarrolló magistralmente. Apelando al modelo de las crónicas de conquista del “Nuevo Mundo”, el crítico peruano señaló las alternativas más importantes comprendidas por el concepto de heterogeneidad: el sometimiento del referente a la mirada exógena o la capacidad de ese mismo referente para modificar el orden formal de las crónicas.

Instalado en el cruce problemático de dos sociedades y dos culturas, un grupo de textos emblemáticos de la literatura argentina del siglo XIX se hizo eco de las tensiones medulares que afectaban un tejido social profundamente escindido. En tanto el estrato nativo fue progresivamente arrasado en el proceso de organización nacional, su incidencia en la enunciación que lo tuvo por referente quedó reducida a una mínima expresión. Los textos aquí trabajados marcaron una auténtica frontera de exclusión que se revela tanto en la ausencia de formas culturales híbridas –cuyo mayor grado de expresión lo alcanza en nuestras letras la poesía gauchesca– como en el sesgo ideológico negativo con que cargaron un espacio considerado cuna de la “barbarie” y principal conspirador para el desarrollo de la civilización urbana.

Sin embargo, este conjunto de textos identificados como narraciones de frontera no deja de ofrecer el corpus más rico donde indagar la conflictiva construcción de nuestra nacionalidad; donde leer los puntos de fuga, las zonas permeables que posibilitan recomponer un orbe histórico polivalente por detrás de las intenciones autorales.

Mediante la operación crítica de insertar este complejo proceso literario en una dimensión de realidad social que lo contiene, los textos demostraron una capacidad inherente para articular nuevas zonas de conflicto y choque de culturas, un patrón de persistencia “para el reconocimiento del país en su vasta, ilimitada frontera” (parafraseando a Martínez Estrada). Sus relecturas continúan interpelando la identidad cultural de la socie-

dad argentina, señalando su ambigüedad constitutiva, y resignificando las nuevas fronteras interiores como zonas de marginación y tareas pendientes.

Bibliografía

- Aliata, Fernando/Silvestri, Graciela (1994): *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz (1980): *Conceptos de sociología literaria*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Andermann, Jens (2000): *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Bajtín, Mijail M. (1985): *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno.
- Barbará, Federico (2000): *Manual de la lengua pampa*. Buenos Aires: Emecé.
- Barros, Álvaro (1975): *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*. Buenos Aires: Hachette.
- Clementi, Hebe (1987): *La frontera en América*. Buenos Aires: Leviatán.
- Cornejo Polar, Antonio (1982): *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación.
- Foucault, Michel (2004): *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Grimson, Alejandro (comp.) (2000): *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus-La Crujía.
- Head, Francis B. (1986): *Las Pampas y los Andes*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Hernández, José (1872): *El gaucho Martín Fierro*. Buenos Aires: Imprenta de La Pampa.
- Link, Daniel (2003): *Cómo se lee y otras intervenciones críticas*. Buenos Aires: Norma.
- Martínez Estrada, Ezequiel (1948): *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina (con el texto íntegro del poema)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mansilla, Lucio V. (1980): *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Payró, Roberto J. (1985): *La Australia argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Prieto, Adolfo (1968): *Diccionario básico de literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Romano, Eduardo (1991): *Literatura/Cine argentinos sobre la(s) frontera(s)*. Buenos Aires: Catálogos.
- Sarmiento, Domingo F. (1986): *Facundo o civilización y barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Víñas, David (1982): *Indios, ejército y frontera*. México: Siglo Veintiuno.
- Williams Álzaga, Enrique (1955): *La pampa en la novela argentina*. Buenos Aires: Estrada.
- Zeballos, Estanislao S. (1955a): *Painé y la dinastía de los zorros*. Buenos Aires: Hachette.
- (1955b): *Relmú, reina de los pinares*. Buenos Aires: Hachette.
- (1981): *Callvucurá y la dinastía de los piedras*. Buenos Aires: Centro Editor de América latina.
- (1986): *La conquista de quince mil leguas*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- (2002): *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires: El elefante blanco.